
This is the **published version** of the bachelor thesis:

Llibre Moya, Cristian; Andreu Lucas, Maria Isabel, dir. La ficción del crimen : traducción al español de relatos noir italianos. 2015. (1202 Grau en Traducció i Interpretació)

This version is available at <https://ddd.uab.cat/record/147014>

under the terms of the  ^{IN}
COPYRIGHT license

**La ficción del crimen:
Traducción al español de relatos
noir italianos**

103698 – Treball de Fi de Grau

Grau en Traducció i Interpretació

Curs acadèmic 2014-15

Estudiant: Cristian Llibre Moya

Tutor: Maribel Andreu Lucas

10 de juny de 2015

Facultat de Traducció i d'Interpretació

Universitat Autònoma de Barcelona

Dades del TFG

Títol: La ficción del crimen: Traducción de relatos *noir* italianos

Autor/a: Cristian Llibre Moya

Tutor: Maribel Andreu Lucas

Centre: Facultat de Traducció i Interpretació

Estudis: Grau en Traducció i Interpretació

Curs acadèmic: 2014-15

Paraules clau

Novela negra, novela policíaca, relatos, crimen, *noir*, *romanzo nero*, Giovanni Maria Pedrani, *Self-Control*, traducción

Resum del TFG

La ficción del crimen, es decir la novela policial, ha evolucionado desde sus inicios bajo la pluma de Edgar Allan Poe y se ha convertido en un género muy popular en la actualidad ya sea gracias a la cantidad de publicaciones que se encuentran en las librerías como las adaptaciones televisivas y cinematográficas. Este trabajo analiza las características principales, los personajes, los escenarios así como la evolución del mismo desde sus orígenes hasta la actualidad, pasando por las dos corrientes que más han influenciado en este tipo de novela: la escuela inglesa y la escuela norteamericana, para profundizar también en la evolución del género en España y en Italia. Se hace además una propuesta de traducción de algunos relatos, característicos del *noir* italiano, recopilados en el libro *Self-Control* de Giovanni Maria Pedrani, un autor italiano que utiliza el misterio de forma prodigiosa en cada uno de sus relatos cortos.

Avís legal

© Cristian Llibre Moya, Barcelona, 2015. Todos los derechos reservados.

Ningún contenido de este trabajo puede ser objeto de reproducción, comunicación pública, difusión y/o transformación, de forma parcial o total, sin el permiso o la autorización de su autor/a.

Contenido

Introducción	1
Finalidad del trabajo	2
Metodología del trabajo	3
La narrativa policial	3
Características	3
Inicios y evolución del género policíaco	5
Escuela inglesa.....	6
Escuela norteamericana	6
La novela policial en la actualidad	7
La novela negra en España	8
La novela negra en Italia.....	9
Giovanni Maria Pedrani y Self-Control.....	11
Traducciones	13
Autocontrol	13
La compañía de los glotones.....	14
La última pastilla	16
La voz de la campana	16
La persecución	17
La ballena que desafina	19
La noche del lutier	20
Notas de las traducciones.....	24
Problemas léxico-semánticos.....	24
Problemas culturales	25
Bibliografía	27
Anexo.....	28
Self-control	28
La compagnia dei golosi	29
L'ultima pastiglia.....	31
La voce della Campana.....	31
L'inseguimento	32
La balena stonata	33
La notte del liutaio	35

Introducción

En los últimos años, las novelas de género policial llenan los estantes de las librerías. Y no sólo eso, también ocupan gran parte de la cartelera en el cine y la programación de la televisión. Y no es casualidad, el género policial está de moda. Además de la gran cantidad de autores que escriben este tipo de novelas, en sus varios subgéneros, existen también las series de televisión y películas que tienen puntos en común con el género. Algunas de estas series y películas son de nueva creación pero sin duda las que han contribuido a una mayor difusión del género son aquellas que adaptan, ya sea a la gran pantalla o a la pequeña, novelas de éxito como lo es la trilogía Millennium que adapta las novelas del sueco Stieg Larsson, y que han popularizado en gran medida la novela negra en los últimos años.

Sin embargo este no es el único referente, en la pequeña pantalla podemos encontrar varias series de televisión que ya desde los años 80 apuntaban al género policíaco y detectivesco. *Se ha escrito un crimen* que narraba las aventuras de la novelista de misterio Jessica Fletcher, interpretada por Angela Lansbury, que en todo lugar por el que pasaba se acababa cometiendo un asesinato y ella se dedicaba a investigar, como si fuese la protagonista de alguna de sus novelas. Examinaba las pruebas, interrogaba a los sospechosos y aunque las autoridades locales no veían con buenos ojos su intromisión en el caso, siempre acababa resolviéndolos de un modo brillante. La serie *Diagnóstico Asesinato* tenía una estructura similar; aunque en esta ocasión era el doctor Mark Sloan, interpretado por Dick Van Dyke, quien se dedicaba a investigar los crímenes junto a su hijo, un detective de homicidios del departamento de policía de Los Ángeles, interpretado por Barry Van Dyke, el hijo del actor protagonista.

Más recientemente podemos encontrar otras series que siguen este tipo de argumento y estructura, y que poseen un formato parecido a las anteriores. Un ejemplo claro es la serie *Castle*, en la que se narra cómo Richard Castle, un escritor de misterio que ha perdido su inspiración, colabora con la policía de Nueva York para ayudarles a resolver el caso de un asesino en serie que imita los asesinatos descritos por el escritor en sus novelas. En el departamento de policía, Castle conoce a la oficial Kate Beckett, quien se convertirá en su musa y será la inspiración para una nueva novela que lo catapultará a la fama mundial, por lo que decide acompañarla en su trabajo. Además podemos encontrar dos versiones actuales que adaptan las novelas protagonizadas por el detective más famoso de todos los tiempos, Sherlock Holmes. La primera, *Sherlock*, realizada por la BBC es una adaptación de las novelas ubicada en el Londres del siglo XXI. La segunda adaptación, *Elementary*, producida por la cadena americana CBS, tiene un estilo similar a la anterior, aunque en este caso las aventuras del Sherlock Holmes moderno suceden en los Estados Unidos, concretamente en la ciudad de Nueva York.

Por lo que a Italia se refiere, podemos encontrar también producciones para televisión que siguen el formato descrito en *Diagnóstico Asesinato* y *Se ha escrito un crimen: Don Matteo* y *A un paso del cielo*, ambas protagonizadas por Terence Hill. En *Don Matteo*, el protagonista, Don Matteo Bondini, es un sacerdote católico, que gracias

a su encanto y positividad ayuda, en ocasiones, a los delincuentes en su camino a la redención y les convence para que confiesen sus crímenes y asuman sus responsabilidades ante la ley. *A un paso del cielo* narra la vida de Pietro, una leyenda viva de la montaña. En sus tiempos conquistó los picos más difíciles hasta que el fallecimiento de su mujer en un accidente de escalada le hizo retirarse. Actualmente Pietro trabaja de comandante forestal en el Parque Natural de Tre Cime en Bolzano, Italia, dónde colabora con la policía local, aunque cuenta con la oposición del comisario, en la resolución de crímenes que a primera vista parecen no tener solución. Por último, encontramos las series *El Comisario Montalbano*, producida por la RAI, que adapta las novelas del célebre autor italiano Andrea Camilleri; y *El Comisario Brunetti*, que adapta las novelas de la escritora estadounidense Donna Leon. Cabe destacar que las novelas del Comisario Brunetti ubican la acción en Venecia y que a pesar de que la serie de televisión también ha sido producida por la RAI, las novelas no se han traducidas al italiano por petición expresa de la autora. En España hemos podido disfrutar de todas estas series de producción italiana gracias a los doblajes realizados por Televisión Española.

En España también existen producciones propias de este género: el caso más reciente lo encontramos en la serie, *El Detective Víctor Ros*, una producción de Televisión Española, que adapta las novelas escritas por Jerónimo Tristante, que sitúan la acción en la España de finales del siglo XIX.

Finalidad del trabajo

La lectura siempre ha sido una de mis pasiones y la novela policíaca ha sido, junto a la literatura fantástica, uno de mis géneros preferidos. Quizá el interés por este género lo despertó una adaptación al cómic de una de las novelas de Sherlock Holmes, en concreto era el *Sabueso de los Baskerville*, que me sirvió para descubrir las novelas de Sir Arthur Conan Doyle. A raíz de esto surgió el interés por las novelas de Agatha Christie, Stephen King y Edgar Allan Poe. Las distintas novelas, junto a la gran cantidad de series de televisión que tratan temas de investigación criminal, han sido determinantes en la elección de este trabajo.

La finalidad de este trabajo es aprovechar mi interés por el género de la novela policial para ver su evolución en España y en Italia y cómo se ha llegado a la aparición del género *noir* en Italia. Tras esto llevar a cabo una propuesta de traducción para algunos de los relatos de género *noir* recogidos en el libro *Self Control* de Giovanni Maria Pedrani. Con la traducción de los relatos pretendo mantener la misma finalidad del autor que mediante el uso de la intriga a lo largo de los relatos consigue mantener al lector en vilo en vísperas de lo que acontecerá a los personajes.

Metodología del trabajo

El trabajo se dividirá en dos grandes apartados: el primero contendrá la parte de documentación del trabajo en el que se incluirán los inicios y la evolución del género policial así como la descripción de sus características y las corrientes del género. Del mismo modo también se incluirá la evolución del género en España y en Italia. Toda esta documentación servirá para poner un marco de referencia a la posterior traducción de algunos de los relatos del libro *Self-Control* de Giovanni Maria Pedrani.

El segundo apartado contendrá una pequeña introducción sobre el autor y las características propias de sus relatos para establecer el objetivo principal de la traducción: mantener el mismo nivel de misterio e intriga que el texto original. En este apartado también se encontrará la propuesta de traducción de los relatos que irá acompañada de unos comentarios sobre los problemas que surjan durante su traducción y la explicación de cómo se ha llegado a la solución de los mismos.

El trabajo irá acompañado de un anexo en el que se encontrarán los textos originales de los relatos traducidos.

La narrativa policial

Características

La característica principal de la novela policial es la narración del curso de una investigación para descubrir las circunstancias de un crimen mediante procedimientos racionales. Este tipo de novelas tiene un protagonista que se encarga de dirigir la investigación del crimen acontecido. Normalmente, el protagonista es un agente de las fuerzas del orden (un policía o un militar), algún profesional vinculado al mundo criminal como un detective, y en ocasiones personas ajenas a estos círculos, como pueden serlo un periodista, un científico, un jubilado o incluso el propio acusado que busca probar su inocencia. Este personaje puede trabajar solo o asociándose con algún otro personaje.

Como toda narración, la novela policial tiene un tema y una estructura, aunque éstas distan un poco de las convencionales. El tema principal es un crimen, ya sea una muerte, un robo, un secuestro, etc., o la combinación de ellos, que se divide en dos historias: el crimen en sí mismo y la investigación que se lleva a cabo para resolverlo. La investigación puede, a su vez, profundizar en la historia de los investigados o del propio investigador. La estructura se diferencia de otros géneros de novelas porque existe una doble temporalidad de las acciones, ya sean regresivas o progresivas y que además se complementan una a otra. La temporalidad regresiva es aquella en la que se narran los hechos del desarrollo del crimen, mientras que la temporalidad progresiva es la que sigue el curso de la investigación que llevará a la resolución de dicho crimen.

Como se ha mencionado antes, ambas temporalidades se complementan, puesto que la segunda temporalidad depende de la primera para resolver el caso y que la

primera necesita a la segunda ya que se necesita tiempo para conocer el pasado. La relación de ambas temporalidades, puede definirse como una relación de tensión: el tiempo de investigación deber ser relativamente corto (unas horas, unos días o unas pocas semanas) ya que a medida que el tiempo avanza los indicios de la investigación se disuelven y la facilidades de las que dispone el culpable para evadirse de la justicia aumentan.

Si profundizamos en esta duplicidad que presenta la novela policial, la encontramos también en el protagonista de la novela. Ya que al existir dos líneas temporales distintas, hay dos protagonistas: el investigador y el criminal. El objetivo del primero es descubrir y atrapar al segundo además de averiguar cómo y por qué motivos cometió el crimen; mientras que el objetivo del segundo es hacer todo lo posible para no ser atrapado. Por lo tanto, la novela policial es un género con una compleja y singular estructura que deriva de esta duplicidad múltiple: de historias, de tiempos y de protagonistas.

La complejidad puede ser aún mayor en el momento que se incluye a la víctima como personaje central de la acción. Aunque el papel que desarrolla la víctima es una pequeña parte, a veces está muerta antes del comienzo del relato, todo gira en torno a ella, ya que desgraciadamente ha sido el objetivo directo del criminal y lo será indirectamente del investigador, que hará sus indagaciones en torno a la vida de la víctima para descubrir a los posibles sospechosos y poder llegar así a la resolución del caso.

El criminal, en primer lugar, ha de despertar un interés en el lector. Según S. S. Van Dine, narrador y crítico norteamericano, autor de *Twenty rules for writing detective stories* (1928), en la undécima de sus reglas sostenía que “el autor no debe elegir como culpable a un miembro del personal doméstico, ya que sería una solución demasiado fácil. El culpable deber ser una persona con mérito, alguien de quien normalmente no cabría sospechar”. En segundo lugar, no debe ser un individuo simplista o ingenuo que lo convertiría en una presa fácil para cualquier investigador. Para que la lucha entre criminal e investigador tenga atractivo, tiene que darse tal rivalidad que mantenga la incertidumbre sobre quién resultará el vencedor durante gran parte de la novela. Esta premisa es la que mantendrá al lector en vilo. Finalmente el criminal posee una doble faceta: la negativa, por el mero hecho de ser el culpable de una actividad delictiva, y otra positiva, en cierto grado, por el mérito que conlleva imaginar el crimen, llevarlo a cabo, poner en jaque a la justicia, a pesar de todos los esfuerzos y medios de los que dispone, hasta el final de la investigación cuando, finalmente, cae derrotado.

En cuanto al investigador, además de buscar la verdad de lo sucedido, tiene unos rasgos característicos de su personalidad y de su estilo de vida: desde las tendencias depresivas de Sherlock Holmes, pasando por el esnobismo de Philo Vance, hasta la vanidad de Hércules Poirot. El rasgo común de todos ellos y que no debe faltar nunca es la puesta en escena de su método de trabajo basado en la lógica y/o en la intuición, en una competencia superior, en una tenacidad capaz de superar todo tipo de dificultades y en recursos más o menos ortodoxos que no excluyen el uso de la violencia. Estos rasgos suelen ser fijos ya que a causa de la brevedad temporal de la acción no hay margen de

tiempo para que el personaje evolucione de manera significativa. Aunque esta evolución puede llegar a apreciarse cuando el investigador protagoniza una saga narrativa.

Cabe mencionar que se pueden observar tres aspectos de especial relevancia en este tipo de novelas. El primero es la interlocución entre el investigador y el presunto criminal: no existe un interés común para encontrarse. Ya que por supuesto al criminal no le interesa, y cada uno actúa en pos de un objetivo no sólo distinto sino totalmente opuesto: el investigador, el de descubrir la verdad; el presunto criminal, el de ocultarla. Esta interlocución se transforma en un juego de intriga, negaciones, pistas falsas, promesas y amenazas, etc., que la convierten en uno de los recursos más productivos de la narrativa policial.

El segundo aspecto es la observación de los lugares, las personas, los gestos, las acciones y las sensaciones. La descripción, en la novela policial, no es sólo un telón de fondo en el que se desarrolla la acción, ya que la observación puede dar la clave de la verdad o las pistas para llegar hasta ella. El caso más concreto donde se manifiesta es cuando existe una contradicción entre las palabras y los gestos (por ejemplo, un sospechoso que asegura no fumar pero que al tomar una copa, muestra los dedos ennegrecidos por el efecto de la nicotina).

En último lugar, se encuentra la situación del lector que a medida que avanza en la lectura, obtiene una cantidad de información mayor para progresar en la resolución del caso. La obtención de ésta información convierte al lector en una víctima del juego del autor; los datos y pistas revelados que permiten llegar a la resolución del caso producen el efecto contrario, en vez de estrechar el círculo sobre el criminal, multiplican las posibles soluciones de manera que se induce al lector a desviarse de la verdad.

Esto pone de manifiesto el pacto de lectura que existe entre el lector y el autor que establece una credulidad durante el tiempo de lectura mientras que el objeto de la lectura sea atrayente. Este pacto deriva en un tipo de juego o carrera entre el lector y el investigador, para ver quién descubre primero la solución del caso. Normalmente se da por supuesto que será el investigador el que alcance la verdad antes que el lector, aunque una segunda lectura de la novela revelará al lector que la narración sugería todas las pistas susceptibles para dar con la solución: “todo” estaba dicho o se sugería en el texto... para quien supiera verlo.

Inicios y evolución del género policíaco

Los términos ‘ficción detectivesca’, ‘novela policíaca’ o incluso ‘novela negra’ son etiquetas que aceptan y usan los especialistas y no especialistas en la ficción del crimen. Aunque esto no quiere decir que sirvan para definir de una manera global las diferentes obras que se han escrito de este tipo de ficción a lo largo de los siglos. Por lo tanto conviene identificar los subgéneros que componen este tipo de ficción para obtener una clasificación más precisa.

Es a mediados del siglo XIX cuando aparece una muestra literaria que reúne las características del género detectivesco: *Los crímenes de la calle Morgue* de Edgar Allan Poe en 1841, es la obra que marca el comienzo de este nuevo género o por lo menos es

el prototipo. Tras este primer indicio del género detectivesco, le siguieron las publicaciones de otros dos cuentos *El misterio de Marie Rogêt* (1842-1843) y *La carta robada* (1844) ambos de Poe que trataban asuntos claramente vinculados con el crimen y el enigma. Estos tres relatos, junto al *Escarabajo de oro* (1843), que goza de un tono más aventurero, evidencian la tendencia de Edgar Allan Poe a la investigación lógica y analítica.

Los tres primeros relatos tienen como protagonista a C. Auguste Dupin, el primer detective de ficción y que sirvió de modelo para uno de los personajes más importantes del género, el detective Sherlock Holmes, de Sir Arthur Conan Doyle.

Tras este inicio, el género policíaco toma dos corrientes distintas: la escuela inglesa, fue la primera cronológicamente, y la segunda es la escuela norteamericana.

Escuela inglesa

La escuela inglesa fue la primera corriente de la novela policial, cronológicamente hablando. Ésta se centra en la resolución puramente intelectual de un crimen, sin que el análisis de los aspectos socioculturales y morales del crimen tenga una importancia relevante en la narración. Las novelas de esta corriente, están ambientadas, normalmente, en los altos sectores de la sociedad, y se caracterizan por tener aspectos más tranquilos y el personaje principal, normalmente un detective, pertenece también a esta clase social más elevada; quizá por esta razón muchas de las novelas de esta corriente se ambientan en la época victoriana. Otra característica es que el protagonista trata los casos con paciencia y los resuelve analizándolos minuciosamente para llegar a una verdad esclarecedora sobre la identidad del culpable sin tener que recurrir a la violencia o al uso de las armas.

Algunos de los fundadores de esta corriente son Agatha Christie, quien es hasta la fecha considerada como 'La Reina del Crimen', Sir Arthur Conan Doyle, Dorothy L. Sayers y Ronald Knox.

Para la escuela inglesa, la resolución de los misterios o enigmas es crucial y necesaria para la resolución del crimen central. El detective debe valerse únicamente de su ingenio y habilidad para resolver el caso. Las intervenciones divinas, los venenos desconocidos, coincidencias y casualidades afortunadas así como cualquier tipo de fuerza sobrenatural quedan descartados en la novela policial clásica; sin embargo, los pasadizos secretos pueden usarse de forma restringida a un único pasadizo por novela.

Escuela norteamericana

La escuela norteamericana, también llamada novela negra o *hard-boiled*, aparece y se desarrolla a raíz de las crisis económicas que siguieron a la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión de 1929.

Entre las características principales de esta corriente figura el reflejo de las primeras décadas del siglo XX en Estados Unidos, marcado por una atmósfera asfixiante, de miedo, terror, violencia, injusticia, inseguridad y corrupción del poder

político que surgió tras el final de la Primera Guerra Mundial y la Gran depresión de 1929. Un tema recurrente es el desarrollo de la acción en ambientes relacionados con el crimen organizado, la mafia y los gánsteres que nacieron tras la entrada en vigor de la Ley Seca (1920-1933). La escuela norteamericana presenta una preocupación social y se ambienta en parajes urbanos y marginales como los suburbios, pero también da lugar a ambientes más elevados socialmente para tratar la corrupción política y moral.

En cuanto a la narrativa se observa un desarrollo de la acción más rápido y violento y no tan intelectual como el de la novela policíaca inglesa. Los crímenes suceden en ambientes marginales ya que es donde usualmente se cometen los crímenes, marcando así una gran diferencia con los ambientes de alto nivel social de la corriente inglesa. Por otro lado la resolución del crimen no es lo primordial, en su lugar, interesa más la explicación de la motivación moral que ha llevado al criminal a cometer el delito. Esta razón suele ser alguna debilidad del ser humano: rabia, envidia, odio, codicia, lujuria, etc. De modo que se le da más importancia al desarrollo de la acción y a la descripción realista e impresionista de una sociedad en la cual los criminales no nacen, sino que se crean.

Normalmente la novela viene acompañada de una reflexión sobre el deterioro ético de la sociedad (aunque no siempre está explicitada) que invita al lector a ser partícipe de ella.

Esta corriente es la que más ha influenciado a los autores de novela policíaca de la actualidad, aunque pueden observarse algunas diferencias, que podrían considerarse la evolución natural del género con el devenir del tiempo.

La novela policial en la actualidad

En la actualidad, la temática de los crímenes de la novela policial no difiere de aquella ideada por la escuela norteamericana.

El cambio más importante respecto a las corrientes inglesa y norteamericana está en el protagonista: ahora ya no es un detective, sino un agente de la ley o de las fuerzas de seguridad estatales. Esto puede explicarse por la confianza que han ganado las fuerzas del orden y se contrapone a la idea contradictoria que supone la figura de un detective, incapacitado por la ley para investigar cierto tipo de casos, que se encuentra en clara desventaja frente al poder técnico del que dispone la policía gracias a las nuevas técnicas introducidas por el avance de la tecnología, que dejan la capacidad de deducción del detective en un segundo plano, ya que no es capaz de hacerles frente. No obstante, este cambio de protagonista no ha llevado a la desaparición de la figura del detective o la del investigador ocasional, desempeñada por periodistas, escritores u otras personas que se ven forzadas a inmiscuirse en un proceso investigador.

La novela negra en España

Hasta mediados de los años 70 se encuentran pocas aportaciones de novela policial en nuestro país, ya que los clásicos de la novela negra americana estaban prohibidos o eran debidamente mutilados por la censura durante la dictadura.

No fue hasta la muerte del dictador Franco y la llegada de la democracia que el culto por la novela negra empezó a desarrollarse en España. Manuel Vázquez Montalbán, quien escribió *Tatuaje* (1974), la primera novela de género policial protagonizada por el detective Pepe Carvalho, que con el tiempo se ha convertido en el detective más famoso de la literatura española. La llegada de la democracia supone un punto de inicio para que durante la década de los 80 aparezcan gran cantidad de textos de novela policíaca que ayudan a que ésta se consolide como un género literario en España. La gran cantidad de autores publicados, entre los que destacan Manuel Vázquez Montalbán, Francisco González Ledesma y Juan Madrid, confirman la aceptación y el reconocimiento del género por parte de los lectores. Todos los cambios en la vida social, política y cultural que trajo consigo la transición democrática, motivaron que en muchas de las obras de esta primera generación de autores tuviera gran importancia la carga crítica y política de la sociedad.

Esta primera generación de escritores convierte el género en uno de los más leídos de España. Manuel Vázquez Montalbán es el autor más representativo de esta primera generación ya que instaura el predominio de la novela negra por encima de la novela policíaca de enigma: los crímenes ya no son producto de grandes mentes cuyo objetivo al asesinar es desafiar la inteligencia del investigador; sino que los crímenes se enmarcan dentro de una sociedad urbana moderna, violenta y corrupta y la investigación se centra en aclarar las condiciones sociales y personales que han llevado al criminal a llevarlo a cabo. Vázquez Montalbán consigue reflejar en su obra los rasgos más característicos de la sociedad española en el período de transformación que tuvo lugar tras el final de la dictadura. Cabe destacar que Manuel Vázquez Montalbán contribuye de manera decisiva a popularizar el género de la novela negra cuando en 1979 es galardonado con el Premio Planeta, el premio literario con mayor dotación económica de España, por su novela *Los mares del sur*. Aunque también porque sus obras han suscitado, de forma regular, varias adaptaciones cinematográficas y televisivas.

Además del Premio Planeta, la apuesta de las editoriales por crear colecciones como “Serie Negra” (Ediciones de bolsillo), “Selecciones del Séptimo Círculo” (Alianza y Emecé), “Círculo Negro” (Los libros de la frontera), “La Cua de Palla” (Edicions 62) o “La Negra” (La Magrana) especializadas en novela negra y policíaca y sumado a la llegada de las traducciones de los clásicos de la novela negra americana, prohibidos o publicados tras pasar por el filtro de la censura durante la dictadura ayudaron a consolidar este “boom” por la novela negra que se vivió en España durante los años 80.

Si bien la década de los 80 representó la gran oleada del género, la década de los 90 supuso todo lo contrario por el cierre de la mayoría de las colecciones. Según las palabras de Paco Ignacio Taibo, “hubo un falso boom de novela negra hace unos años,

se saturó el mercado y se hundieron las colecciones”¹. El estancamiento del género estuvo estrechamente relacionado con la relación que hubo en la década de los ochenta entre la novela negra y la situación política del país: con la normalización democrática, los cambios políticos dejaron de interesar al público.

En la actualidad, los buenos tiempos para la novela negra en España parecen haber vuelto gracias a fenómenos editoriales internacionales como Henning Mankell, Donna Leon, Fred Vargas, Andrea Camillieri o Stieg Larsson. Sumado a la oferta de festivales dedicados al género que tienen lugar en nuestro país: la Semana Negra de Gijón, el más importante de España y que lleva ya más de 20 ediciones, BCNegra, Novela y Cine Negro de Salamanca, Mayo Negro de Alicante o Getafe Negro por mencionar algunos. Estos festivales se complementan con la aparición de los diferentes premios literarios dedicados exclusivamente para el género que demuestran la apuesta de las editoriales por este género narrativo: Ciudad de Carmona (editorial Almuzara), L’H Confidencial (editorial Roca), García Pavón (editorial el Rey Lear) o el prestigioso RBA, el premio con mayor dotación económica de la cultura Española para una novela negra.

El mercado español de la novela policíaca parece renovarse gracias a la masiva presencia de publicaciones y traducciones en las varias colecciones editoriales, sumado a la presencia de los viejos autores de la primera generación que siguen consolidando su obra y a la aparición de nuevos escritores, que intentan abandonar los estereotipos del género, dando nuevos enfoques, protagonistas y escenarios a sus novelas. Aunque Barcelona y Madrid siguen siendo los centros políticos y culturales más importantes del país y por lo tanto los mejor posicionados dentro del género. El ambiente portuario, el carácter de centro industrial y sindical o la apariencia de jungla urbana son algunas de las razones que explican el vínculo especial de la capital catalana con el género.

La novela negra en Italia

En Italia, a la novela policíaca se la denomina con la expresión ‘*romanzo giallo*’ cuyo objetivo principal es el de describir un crimen y los personajes implicados ya sean investigadores, criminales o las propias víctimas. Este género nació a partir de mitades del siglo XIX y se desarrolló a lo largo del XX.

Por otro lado, la expresión ‘*romanzo nero*’ tiene dos significados diversos: el primero se usa como sinónimo del ‘*romanzo gotico*’ (narrativa gótica) que se desarrolló durante la segunda mitad del siglo XVIII y que se caracteriza por la unión de elementos románticos y de terror; y el segundo se utiliza para referirse al *noir* (novela negra) y más concretamente al subgénero de novela policíaca que deriva de la escuela norteamericana o *hardboiled*.

Para encontrar los orígenes del género policial en Italia, hay que remontarse al 1852 con la novela *Il mio cadavere* del napolitano Francesco Mastriani (1819-1891). La obra de Mastriani es uno de los primeros relatos policíacos de la historia: aparece la figura de un médico investigador (el personaje del Doctor Weiss), la presencia de varios

¹ Moret, Xavier, “El tímido resurgir de la novela negra”

aspectos del género policial psicológico, descripciones de medicina legal y también varios elementos de terror.

Sin embargo, la novela policial en Italia sufrió un duro golpe con la llegada al poder del fascismo. Las finalidades propagandísticas empujaron al régimen fascista a hacer desaparecer el crimen de los periódicos y de la literatura, ya que este género narrativo se consideraba un producto ligado a la cultura inglesa. Por este motivo, en 1943 se llegó a imponer el secuestro sobre todas las novelas policíacas en imprenta o en venta.

A partir de los años 60, el siciliano Leonardo Sciascia escribe *A ciascuno il suo* que narra cómo el profesor Paolo Laurana empieza, por curiosidad personal, a investigar la muerte del farmacéutico del pueblo pero se encuentra con el silencio de todos los habitantes, silencio causado por el miedo y la corrupción. En las obras de Sciascia están muy presentes la isla de Sicilia y sus habitantes que dan pie a críticas sociales y referencias continuas a la mafia.

Cabe destacar que es en 1980 cuando aparece la que es sin duda la novela italiana de género policial que goza de mayor éxito internacionalmente. *El nombre de la Rosa*, novela histórica de misterio escrita por Umberto Eco. En esta novela, Eco construye sobre la estructura clásica de la novela policial (descubrir el culpable del crimen acontecido) una obra llena de continuas referencias a la semiótica, al análisis bíblico, los estudios medievales, la política y la filosofía.

En la actualidad la novela negra en Italia goza de una vitalidad similar a la que tiene en España, con varios autores y colecciones editoriales que apuestan por el género. Cabe destacar a Andrea Camilleri como el autor más importante, quien en 1994 publica *La forma del agua*, la primera novela de la serie protagonizada por el Comisario Montalbano, cuyo nombre es una clara referencia al escritor español Manuel Vázquez Montalbán. Gracias a la serie de novelas policíacas del comisario Montalbano, Camilleri se ha convertido en uno de los escritores de más éxito de su país. Y el personaje del Comisario Montalbano se ha convertido en una especie de héroe nacional y que ha llegado a protagonizar una serie de televisión, producida por la RAI, que cuenta con la supervisión del propio autor.

Giovanni Maria Pedrani y Self-Control

Giovanni Maria Pedrani es ingeniero y escritor de novelas thriller y de relatos de género *noir*, policíaco y thriller. Ha ganado y quedado finalista en varias ocasiones en concursos literarios organizados por asociaciones culturales y editoriales porque sus relatos están llenos de suspense y acaban con un final inesperado. En 2010 obtuvo el primer lugar del premio “*Autori Italiani*” con la novela thriller *Nebbie d'estate* y también publicó el libro de relatos *Il sonno di Cesare*.

Desde 2010 sus obras son publicadas por *Edizioni il Cilegio*, dónde ejerce como director editorial. Algunos de sus últimos trabajos son: *C'è un cadavere sul treno-assassinio sul Malpensa Express* (2013), una divertida parodia del famoso thriller de Agatha Christie, *Self-control* (2013) *7.16 in ritardo* (2014), una obra humorística sobre situaciones que se dan en la vida de las personas que por estudios o por trabajo se ven obligados a tomar cada día el tren, y la más reciente su relato *Paralisi* incluido en *Le stagioni del delitto* (2014) que recoge cuatro relatos, todos de género *noir*, de cuatro autores diferentes, dedicados a cada una de las estaciones del año.

En *Self-Control* aparecen recogidos 20 relatos con los que el autor ha obtenido varios premios y reconocimientos por parte de editoriales y organizaciones culturales, más un último relato creado exclusivamente para el libro que recoge la esencia del género y del estilo característico del autor: el juego con el misterio y el giro inesperado al final de los relatos.

El motivo de la elección de este libro ha sido porque se trata de un autor desconocido en el mercado español y porque además de pertenecer a un género que me atrae, creo que es interesante a la hora de traducir ya que no se trata de una única historia, sino que son pequeños relatos que conforman una selección muy característica y representativa del autor y del género.

En cada uno de los relatos se puede observar un toque muy característico del autor: el juego con el misterio que suscita la intriga en el lector y lo atrapa durante la lectura de cada una de las diversas historias. Por lo tanto el objetivo de la traducción será el de mantener éste misterio para que el lector del texto traducido al español experimente la misma sensación que pretendía causar el autor en los lectores del texto en italiano.

El título del libro no es sólo el título de uno de los relatos que contiene, sino que, además, es una referencia del propio autor a la decisión de catalogar el libro como un “blíster de 20 pastillas negras” tal y como explica en la introducción:

In Self-control ho deciso di raccogliere 20 racconti, come un blister di 20 pillole nere. Possono essere consumate prima, durante o dopo i pasti,; sul treno, in ufficio, al bar, ai giardini pubblici, oppure a letto, sul divano, in bagno.

Indicazioni per l'uso: assumere una pastiglia sola per volta. Lasciare sciogliere lentamente e, solo quando l'effeto è terminato, passare alla successiva. Far trascorrere almeno un'ora fra una somministrazione e l'altra.

*Se avete fretta, andatevi a comprare un romanzo!*²

He decidido traducir el título de la recopilación por Autocontrol ya que mantiene el juego de palabras al que hace referencia el autor cuando dice que se necesita mucho autocontrol para escribir un relato corto pero que también es necesario para leerlo.

È necessario molto “self-control” per scrivere un racconto breve, ma anche per leggerlo e soprattutto per pubblicarlo in una raccolta.

*Tuttavia non è solo per questo che è stata scelta questa espressione come titolo dell’antologia. Self-control è uno dei racconti che ha avuto maggiori riconoscimenti sia attraverso i concorsi letterari, sia per il favore di chi l’ha letto.*³

² “En autocontrol he decidido agrupar 20 relatos, como un blíster de 20 pastillas negras. Pueden tomarse antes, durante o después de las comidas; en el tren, en la oficina, en el bar, en el parque, incluso en la cama, en el sofá o en el baño.

Indicaciones para su uso: tomar una pastilla a la vez. Dejar que se disuelva lentamente y, sólo cuando el efecto haya pasado, tomar la siguiente. Dejar pasar al menos una hora entre las dosis.

¡Si tenéis prisa, comprad una novela!” (traducción propia)

³ “Es necesario mucho ‘autocontrol’ para escribir un relato corto, pero también es necesario para leerlo y sobre todo para publicarlo en un recopilatorio.

De todos modos, este no es el único motivo por el que he escogido esta expresión como título de la antología. Autocontrol es uno de los relatos que ha tenido mayor reconocimiento en los concursos literarios y entre los lectores.” (traducción propia)

Traducciones

Autocontrol

Christian era un periodista de televisión bastante famoso. Trabajaba para una de las cadenas más importantes del país. La cadena le permitía presentar incluso los programas de entretenimiento y los deportivos por la profesionalidad que demostraba en todos sus trabajos además de su trayectoria deportiva. Si hubiese sido menos reservado y más deseoso de dinero, habría podido convertirse en una auténtica estrella del periodismo televisivo.

Aquel día salió de casa con mucha prisa para ir a la redacción. Cuando llegó a la oficina, se dio cuenta que se había dejado el material para su entrevista en el estudio de su habitación.

¡Vaya despiste! ¡Él que era tan organizado!

«Estaba seguro de haberlo metido en la maleta» pensó para sí mismo, mientras reconstruía el acto de recoger aquel expediente tan importante.

Arrancó el coche y se dirigió a la casa en las afueras que había comprado unos años atrás. Vivía con su mujer y su hija, que en unos días, iba a cumplir tres años. Un lugar tranquilo y lleno de verdor. Ideal para formar una familia y crecer junto a ella.

Cuando llegó a la verja se sorprendió al ver el coche de su mujer aparcado en la entrada del garaje. Anna ya debería estar en la oficina de su trabajo, tras haber dejado a la niña en la guardería.

Atravesó el cenador del jardín. Busco en el bolsillo las llaves de la puerta. No fue necesario: insólitamente estaba abierta.

Entro observando de forma preocupada la habitación vacía.

Le vino un pensamiento.

Escuchó suspiros, voces interrumpidas y gemidos que procedían de la otra parte de la casa.

Se dirigió velozmente a la habitación, intentando no hacer ruido. La puerta estaba entreabierta.

La abrió lentamente, moviendo el aire estático de una casa que parecía desierta.

Sobre su cama yacían dos cuerpos envueltos por una sábana.

Un hombre, al que no conseguía ver el rostro, y su mujer.

La mujer gritaba de placer como Christian nunca la había escuchado al ritmo de un inconfundible abrazo.

Permaneció unos instantes observando la escena con los ojos abiertos, intentando ver el rostro de la mujer, a la que amaba y de quien se fiaba, en pleno orgasmo.

Su mano fue la primera en reaccionar a aquel ímpetu de pasión. Resbaló silenciosamente en el fondo del armario abierto y cogió el cuchillo de submarinismo que usaba durante sus inmersiones.

Saltó sobre la cama y agarro al amante por la frente, inclinándole la cabeza hacia atrás de un tirón. Con la otra le cortó limpiamente la garganta.

La sangre salió a borbotones sobre la cara de la mujer que permanecía con la boca abierta transformando la excitación en miedo.

Christian siguió la traidora que intentaba escapar de la cama. Mientras forcejeaba ella resbaló con el líquido rojo, que había ensuciado toda la sábana y el suelo.

La agarró por el pelo. Ella cayó de espaldas. La miró fijamente a los ojos. Estaban aterrorizados, pero aún seguían llenos de amor y dulzura. ¿Pero, era amor por él?

Alzó el cuchillo.

Ella gritaba, decía cosas incomprensibles. ¡Pero ya no había nada más que decir!

Sintió una mano que le sujetaba la muñeca, Debía ser el amante con su último y desesperado soplo de vida. Ni siquiera se giró.

Hizo más fuerza con su brazo y la presa resbaló con la sangre, liberando la mano que empuñaba el arma de la venganza.

El brazo se abalanzó con furia sobre el pecho de Ana. Veinte centímetros de frío metal dentado penetraron en su corazón matándola al instante.

Christian creyó oír sólo la voz del silencio, en aquel instante de muerte liberatoria. En cambio estaba aturdido por un vórtice de sonidos, de imágenes, de personas.

Bajó la mirada. La mujer, inexplicablemente medio vestida, yacía gélida mirando el techo. Se giró. El amante desconocido seguía tendido en la cama, inmóvil, boca arriba, en un lago de sangre, incapaz de cualquier reacción.

En la espalda del periodista había dos hombres que lo sujetaban por los brazos y por el cuello, en un fútil intento de frenar su furia homicida.

La habitación se llenó de gente.

Llevaban cámaras de televisión, micrófonos, luces fotoeléctricas.

En el uniforme de algunos leyó las palabras “Cámara Oculta”.

La compañía de los glotones

– ¡Por Paolo!– dijeron todos mientras levantaban las copas para brindar por su amigo que los había dejado.

Hacía casi dos horas que estaban sentados en esa mesa. Había pasado tres meses desde la última vez, en aquella tradicional cita que juntaba a los viejos amigos glotones. Aquella vez Paolo aún estaba con ellos.

Siempre comenzaban explicándose sus vidas, degustando un aperitivo, como si fuese la última vez que se verían. Continuaban con unas rebanadas de pan acompañadas de un buen vino. Y finalmente sentados en la mesa, donde narraban sus experiencias culinarias con el entusiasmo de un explorador que ha hecho un gran descubrimiento.

Después de alguna degustación, se dejaba espacio para el plato principal. También esta vez la anfitriona, que esta noche era Maria, trajo la bandeja con una solemnidad religiosa. La dejó sobre el mantel en el centro, en silencio, con delicadeza, con amor.

El aroma envolvió a la compañía que, ebria de aquel aroma inconfundible, conservó la calma de la situación.

Marco interrumpió para felicitar:

– ¡Te has vuelto a superar esta vez, María!

Conmovida, recogió las sonrisas y la aprobación de todos los comensales y comenzó a llenar los platos.

Comieron lentamente, bocado tras bocado, a veces incluso con los ojos cerrados, para saborear las exquisiteces.

Tras un rato Claudia expuso su preocupación:

–Quedamos pocos para apreciar la buena cocina.

–Ya –respondió Luca– deberemos buscar nuevos entendidos...

Pero los platos aún no estaban vacíos, y aquella frase pasó inadvertida.

En realidad todos sabían de corazón que aquello era verdad. Gourmets auténticos quedaban pocos. Sólo ellos habían sido capaces de superar los confines del arte de la cocina. Sólo ellos habían osado experimentar las alternativas más codiciosas de la gastronomía. Pero solo quedaban ocho. Carlo, Luisa y, finalmente, Paolo los habían dejado.

Consumieron hasta el último bocado con esta triste idea, pero con la alegría de haber podido degustar otra vez una auténtica especialidad.

Se miraron satisfechos. Es difícil explicar qué significa, para un paladar refinado, el gusto. Apagarlo es el equivalente a un orgasmo para una persona normal, a un placer completo y absoluto de todos los sentidos, al mismo tiempo.

Había llegado el momento.

Como todas las noches de sus encuentros, el ritual decía que con las “sobras” se preparasen tantas albóndigas como eran los comensales.

María llegó de la cocina con el plato pequeño. Esta vez con ocho esferas crujientes, que dejó sobre la mesa, temblando, con una austeridad compuesta y teatral.

Se hizo el silencio.

Marco, el más mayor, fue el primero en alargar la mano. Lo siguieron Giulia, Luca, Sandro y todos los demás. La última tenía que ser la anfitriona, María. Todos sujetaban su albóndiga con dos dedos, quizá infringiendo una regla de la etiqueta, pero dándole a aquel acto una sacralidad digna.

La mordieron a la vez. Un primer mordisco, después el segundo, hasta el último, para degustar el placer extremo y último de aquella exquisitez.

Una vez más, el placer invadió el sentido de sus vidas dejándolos en el silencio que acompaña todos los placeres.

Luca empezó a toser. Escupió el bocado y alargó el brazo intentando llegar a coger el vaso. Tenía convulsiones, su mirada de terror buscó a los otros en una desesperada llamada de auxilio. La saliva en su boca le impedía hablar, pero aquellos ojos abiertos como platos eran más elocuentes que cualquier palabra.

Sus amigos permanecieron impassibles en sus sillas. Todos llegaban a observarlo mientras se retorció, pero la mayoría tenían la cabeza baja y las manos juntas bajo la mesa por el dolor y la conciencia de aquel evento.

Hoy le había tocado a él. Únicamente esperaban que aquella agonía acabase lo más pronto posible.

Quedaron satisfechos: Luca se arqueó en un último y desesperado suspiro vital, para finalmente, caer desplomado encima de la mesa, en la que acababan de consumir los últimos restos de su amigo Paolo.

La última pastilla

Tenía un modo especial para masticar las pastillas. Sus preferidas eran las de menta de color azulado, semitransparentes que, por su color y su aspecto cristalino, le daban la idea de pureza.

Dejaba que la pastilla se humedeciese un poco para que perdiese su aspereza. Cuando tenía el grado exacto de suavidad, la dejaba correr libremente sobre el paladar, bajo la lengua, de una parte a otra de los dientes, refrescando también las mejillas. Una vez completada su obra regeneradora, y aún intacta la forma de moneda, la sostenía horizontalmente entre las muelas de la izquierda y la dividía perfectamente en dos discos.

Era divertido sentir que aquellos dos círculos de azúcar se perseguían en la cavidad bucal sin encontrarse nunca: perdiéndose en el infinito en una carrera de resistencia de la última hierba aromática.

Con las otras pastillas aquel juego no era tan fácil y agradable. Pero, justo por la novedad, aquella técnica representaba un auténtico desafío para sí mismo. También lo había probado esta vez. Las dos mitades nadaban en la saliva, pero ya comenzaba a no sentir las piernas.

El cianuro estaba empezando a hacer efecto.

La voz de la campana

Había subido tantas veces aquella escalera. La primera vez fue cuando era pequeño. El párroco del pueblo, durante la catequesis, los había llevado a la cima del campanario, para hacerles conocer mejor la iglesia, quizá para impresionar aquellas mentes tan jóvenes y abiertas al descubrimiento, o quizá, inconscientemente, para hacerlos sentir más cercanos a Dios.

Se quedó hechizado al ver su casa desde lo alto, desde las ventanas geminadas. Parecía otro mundo, espectadores celestiales de aquel vano y bullicioso terreno. El aire más fresco y puro, incluso los sonidos parecían llegar más nítidos. Lo único que recordaba a la madre naturaleza era el aleteo de una paloma que había anidado en un recoveco invisible del techo.

Esta vez no estaba el sol para hacerle compañía. Habían pasado muchos años. Un hijo desaparecido, su mujer, muerta de hambre, y aquel maldito trabajo que los había esquilado a todos por demasiadas deudas.

Un escalón cada vez, sin mirar nunca abajo para no perder la determinación, pero con el cansancio y la conciencia de la resignación. Su cita con aquel Dios, a quien

quería preguntar los motivos de tanto dolor, estaba allí arriba. Pero los que miraban los escalones, paso tras paso, ya no eran los inteligentes ojos de color avellana del pequeño, llenos de asombro y esperanza. Eran ojos desafiantes, llenos de rabia y empañados por el agotamiento: jueces implacables de una vida imposible.

Recogió la cuerda de la campana mayor. La vieja Esmeralda había hecho compañía con su sonido, ahora destartelado, a varias generaciones. Incluso los no creyentes y los que no iban a misa reconocían en su timbre una voz amistosa. Su tañido recordaba que era hora de dejar las herramientas y volver a casa con la familia para la merecida comida o descanso.

Con la punta hizo un lazo. Se lo puso al cuello y se lanzó al vacío por el hueco del campanario. Cuando llegó arriba no quiso dignar con la mirada a aquel mundo ingrato, pero ahora mientras volaba, le parecía ver a través de las paredes todo el pueblo y su vida.

¡Fue un instante!

La cuerda llegó al máximo de su tensión hasta el límite de casi romperse. La campana se inclinó para resistir la tracción, y comenzó a gemir con un débil sonido casi imperceptible. Y después, respondió oscilando hacia el otro lado, oponiéndose no sólo al tirón sino también a la afrenta que había sufrido. Y fue éste último tirón el que lo mató.

La campana oscilaba ahora victoriosa al ritmo de su canción. ¡Y el pueblo finalmente se despertó!

La persecución

– ¡Unidad 132 a Central! ¡Unidad 132 a Central!

–Aquí central, diga, cambio.

–Caputo de la Unidad 132. ¡Estamos persiguiendo una moto! Dos chicos acaban de cometer un robo en la avenida Como. ¡Avisad rápido a las otras patrullas de la zona!

–Aquí central, ¡recibido! ¡Indicad vuestra posición!

– ¡La moto va a gran velocidad por la calle Melchiorre Gioia! Repito, dos chicos van en la moto que va a 120 km/hora por calle Melchiorre Gioia. ¡Esto es un desastre! ¡Han provocado dos accidentes! ¡Cambio!

– ¡Recibido Unidad 132!

–Mandad urgentemente una ambulancia a la plaza Freud. La víctima de la agresión está en el suelo. No hay riesgo de muerte, pero está herida. Se trata de una señora mayor. Cambio.

– ¡Recibido! Hemos avisado a la 118.

– ¡Aquí la Unidad 132! ¡La moto ha girado en la calle Lunigiana! Avisad a la policía ferroviaria por si acaso quisiesen refugiarse en la estación Central.

– ¡Recibido Unidad 132!

– ¿Unidad 132? ¿Podéis identificar el vehículo o los ocupantes?

– ¡Negativo, Central! La moto no tiene matrícula. Sobre el asiento van dos personas, supuestamente jóvenes, con el casco. Pero ¿dónde están los demás? ¡Estos están cortando el paso a todos! ¡A este paso matarán a algún peatón!

–Unidad 132, confirmo el respaldo de las patrullas en la zona. Los coches 121 y 145 están en plaza Loreto. El 144 y 165 en la calle Vittor Pisani. La Polfer está vigilando las entradas de la estación Central.

– ¡Dejadlo estar, maldita sea! ¡Han pasado por debajo!

– ¿Unidad 132? ¿Hola? ¿Unidad 132? ¿Qué habéis dicho?

– ¿Unidad 132? ¿Me recibe?

–Aquí Central, ¿Unidad 132? ¿Unidad 132?

–...do parados dentro del túnel!

–Unidad 132, ¡no la hemos entendido! ¡Repita!

– ¡La moto ha pasado por debajo de las vías del tren! Había tráfico y nos hemos quedado parados debajo. Éstos son listos, ¡maldición! ¡Continuamos con la persecución!

– ¡Indicad vuestra posición! Cambio.

–La moto circula por el carril bus de la calle Gran Sasso. ¡Va en dirección a la plaza Piola! Cambio.

– ¡Recibido Unidad 132!

– ¡Unidad 132! ¡Unidad 132!

– ¡Aquí Caputo, Unidad 132!

– ¡Nos informan que hay disparos en la plaza Leonardo da Vinci!

– ¡Lo confirmo! ¡Tiroteo en curso! La motocicleta con los dos chicos a bordo se ha encallado en un intercambiador del tranvía y ha resbalado. El pasajero ha caído al suelo y está herido. Hemos dado el alto pero el chico que conducía ha abierto el fuego.

– ¡Unidad 132! ¡No hagáis nada, esperad los refuerzos! ¡Cambio!

– ¡Aquí Caputo! ¡El chico ha tomado una estudiante que acababa de salir de la universidad como rehén! ¡Le está apuntando al cuello con la pistola!

–Aquí Central. Están llegando las otras patrullas. Hemos avisado al comisario de la zona. Cambio.

– ¿Unidad 132?

– ¡Unidad 132! ¡Responda!

– ¡Unidad 132! ¡Aquí Central! ¡Estamos recibiendo llamadas de emergencias sobre disparos delante del teatro! ¡Cambio!

– ¡Unidad 132! ¡Responda! ¿Hay algún agente herido?

–Aquí Unidad 132.

– ¿Agente Caputo?

–Aquí Schillaci. Caputo está junto al cadáver del chico.

–... ¿cadáver? ¿Qué ha pasado?

–El secuestrador amenazaba a la chica con la pistola. Caputo le ha insistido que tirase el arma. Estaba decidido a usarla...

–Pero, ¿Caputo está bien?

–Ha disparado al chico. Cuando se ha percatado que era inofensivo se ha acercado al cuerpo.

–... ¿y no estaba muerto realmente?

–No. Estaba muerto. Pero al quitarle el casco, ha descubierto que era su hijo.

La ballena que desafina

Erase una vez una ballena muy pequeña. No sólo era pequeña porque era una cría, sino porque no era muy grande para su edad.

Todas las otras ballenas se alejaban de ella porque decían que tenía una voz fea. Su sonido era tan desagradable que chirriaba en el concierto de armonías que solían emitir las ballenas para comunicarse entre ellas.

Sólo su madre permanecía a su lado. Aunque ella notaba que su hija desafinaba, pero intentaba hacer caso omiso para no hierla, por amor. La pequeña ballena intentaba permanecer siempre en silencio. Había notado como su madre torcía el hocico cuando alguna vez emitía algún grito de alegría. Pasaba cuando jugaban y cuando la pequeña se revolvió en el agua llena de felicidad y de ganas de vivir.

De esta forma las dos habían encontrado un lenguaje propio a base de caricias, de besos, de mimos. Para ellas, sólo con rozarse con una aleta ya lo decía todo.

Un día la madre se alejó y no regresó.

La pequeña ballena la buscó en los lugares que solían frecuentar. Entonces lo entendió.

Eran las leyes del mar.

Sabía que no podía permanecer sola.

Trato de reunirse con la manada. Pero sus compañeras, por mucho que la compadecían, no soportaban sus lamentos. La dejaban de lado. Y una noche, mientras dormía, la abandonaron.

Por primera vez no estaba en grado de emitir sonido alguno por su dolor. De la herida brotaban silenciosas lágrimas de soledad.

No comió durante días, vagando por el océano y dejándose llevar indefensa por las corrientes.

Afligida, confusa, atormentada, humillada y sola.

Estaba adormilada y aturdida por el letargo de quien no tiene esperanza cuando se le acercó una extraña criatura que no había visto nunca.

– ¿Qué te pasa? –le preguntó despertándola de su letargo.

La pequeña se despertó, ligeramente asustada.

– ¿Quién eres? –se atrevió a preguntar con su vocecita.

– ¿Yo? –respondió sorprendido el animal– Yo... ¡soy un delfín!

– ¿Un delfín? –repitió con tono interrogativo.

– ¡Exacto! ¿No me digas que nunca has visto un delfín? –le preguntó.

Movió la cabeza ingenuamente.

–Somos criaturas bellas y elegantes, que les gusta vivir todas juntas y se divierten surcando los mares en busca de aventuras.

– ¿De verdad? –contestó mientras abría los ojos de par en par– Tienes suerte de tener amigos con los que jugar. Yo estoy... sola.

– ¡No se puede estar solo en el fondo del mar! –exclamó– ¡Ven con nosotros! ¡Únete a mi grupo! ¡Te divertirás!

Dudó un instante, pensando en aquello que tantas veces le había dicho su madre que ya no estaba.

«Debes estar siempre atenta, pequeña mía. El mar es encantador, pero tampoco es de fiar».

Tras un rato se dio cuenta que a aquella criatura no le molestaba para nada su voz. De hecho, no parecía ni darse cuenta que ella desafinaba.

– ¡Deprisa! ¡Corre! ¡Sígueme, a ver si me atrapas! –la incitó.

La fuerza de la soledad le hizo salir disparada.

Nadaron juntos durante horas, persiguiéndose, acariciándose, a veces encontrándose en una alegre sintonía.

Pero él era verdaderamente veloz. Parecía intuir cada movimiento del agua, aprovechándose incluso de la corriente más imperceptible. Ella, fatigada por su corpulencia, se veía obligada a subir a menudo a la superficie para recuperar el aliento.

Llegó la noche y la pequeña ballena no se dio cuenta que había llegado a una zona donde el agua estaba un poco turbia. En aquella mínima transparencia de las olas divisó un gigante que parecía dormido en el fondo del océano.

¡Debía ser otra ballena! ¡Por fin!

Se acercó con seguridad.

Era un monstruo deforme, lleno de salientes y grietas. Se acordó de algo que le había contado su madre acerca de aquellas criaturas brillantes: éstas se hundían desde la superficie y yacían para siempre en el abismo. Le había dicho que se mantuviera alejada, porque se podía hacer daño; porque se arriesgaba a quedarse atrapada si entraba y no tuviera tiempo de emerger para respirar y, sobretodo, porque podían albergar animales peligrosos, escondidos a la vista de las vulnerables y jóvenes ballenas.

Mientras estaba inmersa en aquellos pensamientos, vio como de aquel monstruo salían unas criaturas con forma de huso.

– ¡Aquí están mis amigos! –dijo con ferocidad su amigo el “delfín” cuando la rodearon.

Justo en ese momento se dio cuenta que todas aquellas bocas que le sonreían, tenían demasiados dientes para mostrar tanta amistad.

Nadie volvió a escuchar la voz desafinada de la pequeña ballena.

La noche del lutier

El timbre sonaba de forma insistente en la noche confundiéndose con el sonido metálico de las gotas que golpeaban violentamente los canalones.

– ¡Ya voy! ¡Ya voy! –gritó el lutier.

Vivía en una casa patio. Atravesó el balcón con barandillas que recorría todo el primer piso, bajó las escaleras y, resguardándose con el impermeable mientras se daba prisa en atravesar el patio, llegó al portón de madera. Apenas vio por la mirilla quién era, se desvió por abrir los cerrojos lo más rápido posible.

– ¡Maestro! –exclamó mientras se dirigía a la figura vestida con un manto negro y sombrero que tenía delante–. ¡Maestro! ¿Qué ha pasado? ¿Puedo hacer algo?

–Necesito vuestra ayuda, Santieri!

– ¡Claro! Si puedo... pero a estas horas de la noche...

Se apartó humildemente para hacer entrar al huésped.

–Acomódese en la bodega.

Atravesaron el patio. El lutier trataba de protegerse con el abrigo de la lluvia mientras corría con torpeza. El Maestro, con su andar tranquilo y orgulloso, no parecía verse afectado lo más mínimo por el agua que caía.

El lutier encendió la luz. Una cálida luz amarilla iluminó su laboratorio. Siluetas de violines inacabados colgaban del techo. Sobre la mesa de trabajo yacían herramientas e instrumentos en fase embrionaria que dejaban intuir, con sus líneas, el perfil que tendrían una vez acabados.

Maderas rizadas todavía llenas de virutas y de serrín, cubiertas tensadas, arcos y puentes acabados de esbozar. Un olor a madera y a resina. Era la bodega del lutier.

–Dígame, Maestro, ¿de qué forma puedo seros de utilidad?

– ¡Quiero mi violín!

– ¡Pero Maestro, lo acabo de comenzar! Si lo recuerda me lo encargó hace pocos días.

– ¡Lo necesito ahora!– respondió violentamente el Maestro–. ¡Mañana por la noche doy un concierto y lo necesito!

– ¿Pero no puede usar el otro? ¿Aquel que le hice la última vez?

– ¡Se ha roto! –dijo el violinista mientras bajaba la mirada.

– Maestro, le dije que prestase mucha atención –aventuró con mucho respeto– son objetos resistentes, pero... delicados. Debió haber prestado un poco más de atención...

– ¿Estáis insinuando que quizá lo he roto a propósito?

– No lo diría nunca, Maestro... es sólo que también la última vez...

– ¡Será que tu lo has construido mal! ¡De todos modos lo necesito para mañana por la mañana! –continuó mientras regresaba al voseo–. ¡Yo os pago y exijo ser atendido!

– Temo no poder contentarle, Maestro. Mi mujer está embarazada. Por desgracia no puedo dejarla sola durante la noche. En casa no hay nadie. Mañana en cuanto llegue la sirvienta podré...

– ¡Eso es problema vuestro, Santieri! Mañana por la mañana parto hacia el concierto. ¡Si no llevo el violín conmigo, usted habrá acabado de trabajar, y no sólo para mí, sino para toda la ciudad!

– Se lo ruego, Maestro –suplicó el lutier– mi mujer no está bien, el bebé podría nacer... incluso podría haber complicaciones... ¿No puede usar otro de sus violines? ¡Tiene muchos!

– No diga tonterías, Santieri, sabe perfectamente que debo usar uno de los suyos. Y de todos modos no se haga de rogar. ¡Aquí tiene el dinero! –concluyó lanzando con

soberbia un saco de monedas de oro sobre la mesa— Con sus poderes una noche será más que suficiente—

— ¡Sólo son supersticiones, Maestro! Son hablaturías, no tengo poder alguno, no uso la brujería. ¡Mis instrumentos son el resultado de mucha pasión y verdadero trabajo!

— ¡Entonces dedícaos a vuestro oficio, si no queréis perderlo! —respondió iritado—. Y salió de bodega.

También esta vez le había tocado sufrir los caprichos de un hacendado ante los que se vio obligado a ceder. Miró el saco de monedas encima de la mesa. No lo hacía por dinero, y era cierto. Sabía que aquel oficio era su vida, y si lo perdía, su familia se quedaría sin medios para sobrevivir. Y además, el heredero estaba a punto de llegar.

Aquel hombre malvado tenía el poder para destruir su fortuna, su familia, su oficio, todo.

Se puso la camisa y comenzó. Algunas piezas estaban ya listas, pero se requiere tiempo para preparar un óptimo instrumento. Se requieren días, a veces semanas, para que una cierta curvatura, un barniz en particular produzcan el efecto deseado. ¡Pero él solo disponía de una noche!

Conocía muchos trucos para producir aquella magia, y esto lo había hecho famoso en la ciudad. Era el mejor. Era tan bueno que su habilidad había hecho que la gente creyese que tenía poderes paranormales, que era una especie de brujo entre los lutieres. Pero cuando se hace un cierto oficio, cuando se llegan a dominar los elementos como la madera, el metal, el cuerno y el marfil para producir sonidos celestiales, se comprende que la división entre alquimia y química, entre arte y brujería, son tan invisibles que convierten al artista un ser más cercano a Dios de cuánto se pueda imaginar!

Necesitó toda la noche para preparar su última joya, y quien sabe cuánto lo había ayudado la furia de la tormenta que le acompañó durante toda la noche.

Cuando se quitó la camisa, la lluvia había cesado y el campanario de la iglesia cercana entonaba cuatro tañidos.

Subió la escalera y finalmente entró en casa.

Un extraño frío lo envolvió. Apenas había dejado el calor de la bodega y allí, en su morada, el camino era ya frío. Entró en la habitación. Las sábanas, empapadas de sangre, descubrían por completo a la mujer en una postura innatural. De su regazo todavía parecían salir fluidos corporales. El niño estaba un poco alejado, estrangulado por su propio cordón umbilical. Su mujer, desangrada completamente, aún tenía los brazos extendidos sobre la mesita de noche que había hecho caer junto a los cojines y objetos de todo tipo ahora esparcidos inútilmente por el suelo. Los ojos ensangrentados, por el miedo y la desesperación, estaban aún abiertos en un rostro en el que sólo tenía la palidez de la muerte.

Cuánto debió haber gritado, aquella noche, para hacerse oír, para llamar la atención, mientras una nueva vida intentaba abrirse un pasillo en su vientre! Los dos terminaron exánimes sobre las sabanas.

El Maestro se inclinó mientras recibía los aplausos. ¡Otra vez entradas agotadas! Admiró complacido la platea, después dirigió su mirada amorosa a los balcones y para terminar con su regalo en la dirección del palco real.

Un último giro con la cabeza para apartar el flequillo de su frente y entonces... entrecerró los ojos por la concentración y la inspiración. Puso el violín bajo el mentón y empezó.

El arco atacó el instrumento en el inicio del concierto, ¡una maravillosa sinfonía de Beethoven!

Pero en cuanto la primera crin de caballo fregó la cuerda, un sonido lamentoso salió de aquella caja de madera. El maestro abrió los ojos mientras intentaba privar de fuerza a su brazo, pero todo su cuerpo estaba dominado por el violín que ya había tomado el control imponiendo una marcha fúnebre.

Su muñeca corría decidida sobre aquellas cuerdas con las que se fregaba el cordón umbilical que el lutier había cortado en finas cuerdas. El sonido de la caja armónica era punzante, aquella prisión de madera que el artesano había pintado con la sangre del hijo y de la mujer mezcladas, dándole un color ámbar oscuro como el sonido que habría querido, intencionadamente, producir.

El Maestro se agitaba presa de las convulsiones en un vano intento de terminar con la agonía. El público estaba tan desconcertado que no tenía aliento para silbar la exhibición. ¡Era físicamente imposible!

No se sabe cuánto duró aquel “espectáculo”. Los oyentes no consiguieron abandonar el teatro hasta que no vieron al violinista yacer exánime por el dolor, postrado ante la fuerza de una música, que no era suya, doblarse ante la vendetta del amor.

Notas de las traducciones

Problemas léxico-semánticos

En el relato *Self-control* el primer problema que he encontrado es el propio título, además de ser el título del relato es el título que da nombre al libro entero. Haciendo caso a la cita comentada con anterioridad en la que el autor decía que había ideado el libro como un “blíster de 20 pastillas negras” y que había que esperar cierto tiempo entre las dosis (la lectura de los relatos) he decidido traducirlo por “Autocontrol” en ambos casos.

En el título del libro la palabra ‘autocontrol’ mantiene el juego, que ha ideado el autor para sus lectores, de saber controlarse uno mismo para no leer de corrido todos los relatos; mientras que en el título del relato, la palabra ‘autocontrol’ cobra el sentido de aquello que le falta al protagonista al encontrarse ante la situación que presencia para no reaccionar de la forma tan violenta y macabra que da lugar a un doble homicidio.

En *La ballena que desafina* lo primero que hay que destacar como un problema de traducción es el título, ya que en un principio había elegido llamarlo “la ballena que desafinaba” pero eso habría roto la intriga con la que juega el autor dándole al lector alguna pista sobre lo que podría pasar con la ballena para que ya no desafinase. Por lo tanto he decidido dejar el título como “la ballena que desafina” ya que es un título neutro y que hace al lector querer leer el relato y descubrir porqué desafina la ballena.

Otro problema del mismo relato es que a lo largo del relato original aparecen las palabras ‘*balena*’ y ‘*balenottera*’ que el autor usa para referirse a la pequeña ballena. Además de la palabra ‘*capodogli*’ que aparece cuando habla de la forma de comunicarse de las ballenas.

El autor utiliza la palabra ‘*capodogli*’, en español ‘cachalotes’ cuando dice que las ballenas usaban sus voces para comunicarse entre ellas. Como el relato habla sobre una ballena no tenía sentido traducirlo por cachalotes ya que éstos son un tipo de cetáceo diferente a las ballenas por lo tanto he decidido traducirlo por ballenas.

Con la palabra ‘*balenottera*’ encontramos que el autor utiliza esta palabra para referirse a la pequeña ballena. La traducción de ‘*balenottera*’ al español sería ‘rorcual’ que es como también se llaman las ballenas de aleta, pero para no confundir al lector he decidido optar por poner ‘ballena’.

Otro de los problemas que encontramos en *La ballena que desafina* es la expresión ‘*arriciare il musino*’ que es el gesto que hace la madre de la pequeña ballena en señal de desagrado cuando ésta última emite algún sonido con su voz desafinada. El problema residía en encontrar el verbo adecuado que concordase con ‘hocico’ que es la traducción de ‘*musino*’. Tras buscar en el diccionario de la Real Academia Española encontré en una de las acepciones del verbo torcer una que se adecuaba al contexto del relato:

«5. tr. Dar al rostro expresión de desagrado, enojo u hostilidad. *Torcer el gesto, el semblante. Torcer el morro. Torcer el hocico*».

Por lo tanto he decidido utilizar la expresión ‘torcer el hocico’ para la traducción.

Por último, también en este relato, aparece la frase ‘*affaticata dalla mole*’ que he traducido por ‘fatigada por su corpulencia’ ya que la palabra ‘mole’ en español en el diccionario de la Real Academia Española aparece con la siguiente acepción:

«**mole**².

(Del lat. *moles*).

1. f. Cosa de gran bulto o corpulencia.

2. f. Corpulencia o bulto grande».

La palabra corpulencia da la sensación de algo que pesa mucho y por tanto he creído conveniente traducirla de esta manera, ya que ‘fatigada por la mole’ no parecía muy natural en español.

En el relato *La noche del lutier*, he encontrado dos grandes problemas, el primero ha sido mantener el estilo del autor; ya que los dos personajes protagonistas de la acción se tratan con mucho respeto entre sí y por eso se tratan de vos. Sin embargo hay un momento en que el Maestro violinista enfadado le grita al lutier tuteándolo aunque en la frase siguiente vuelve enseguida a tratarlo de vos y por lo tanto en la traducción debe mantenerse el mismo recurso estilístico.

El otro problema se encuentra al final de la traducción cuando aparece la palabra vendetta. En esta ocasión he decidido dejarla como en el original ya que la palabra vendetta se recoge en el diccionario de la Real Academia Española como “la venganza derivada de rencillas entre familias, clanes o grupos rivales” por lo que se adapta perfectamente al contexto ya que el lutier decide vengarse del violinista a quien hace responsable de la muerte de su mujer y su hijo, y por tanto se convierte en una rencilla familiar.

Problemas culturales

En el relato *Self-control* aparecen las palabras Candid Camera, que hacen referencia a un programa de entretenimiento de la televisión italiana que estuvo en antena entre 1987 y 2008 en el que unos actores realizaban bromas de cámara oculta a los transeúntes metiéndolos en situaciones surrealistas para ver como reaccionaban. Como el nombre del programa italiano no dice nada para un lector español he decidido traducirlo simplemente por Cámara Oculta.

En *La voz de la campana* el problema de traducción se encontraba en la expresión '*finestre bifore*'. Tras hacer una búsqueda en internet he encontrado que se trata de una ventana de doble abertura que se divide verticalmente en dos partes iguales mediante una pequeña columna. En español, este tipo de ventanas se llama 'ajimez' aunque también se conoce por 'ventana geminada' y en ámbitos de habla catalana como 'bífora' o 'ventana bíforada'. Este tipo de ventanas es típico de la arquitectura medieval, aunque durante el románico y el gótico se convirtió en un motivo ornamental de las ventanas de los campanarios.

Por lo tanto he decidido traducirlo por 'ventanas geminadas' para que el lector español pueda comprender a qué tipo de ventanas se refiere. Utilizar la palabra 'ajimez' no hubiese sido del todo correcto ya que ésta se utiliza para referirse a este tipo de ventanas cuando se habla de construcciones de la arquitectura islámica.

Los hechos que se narran en el relato *La persecución* acontecen en la ciudad de Milán y por lo tanto se plantea el problema si deben traducirse o no los nombres de las calles. Con respecto a éste punto he decidido traducir el tipo de calle '*via*', '*corso*', '*piazzale*' por 'calle', 'avenida' y 'plaza' respectivamente mientras que los nombres de éstas los he mantenido igual al tratarse de nombres propios por ejemplo:

- '*via Melchiorre Gioia*' por 'calle Melchiorre Gioia'
- '*corso Como*' por 'avenida Como'
- '*piazzale Freud*' por 'plaza Freud'

Otro problema que aparece en el relato *La persecución* es que en el texto original la patrulla de policía protagonista del relato se identifica como '*Volante 132*' que he decidido traducir por 'Unidad 132' ya que la policía española distribuye las patrullas en unidades.

Bibliografía

GIOVANNI MARIA PEDRANI, *Self-Control* (Lurago d'Erba: Edizioni il Cilegio S.a.s, 2012)

JULIO PEÑATE RIVERO, *Trayectorias de la novela policial en España: Francisco González Ledesma y Lorenzo Silva* (Madrid, Visor Libros, 2010)

JOSE F. COLMEIRO, *La novela policiaca española: teoría e historia crítica* (Barcelona, Anthropos, 1994)

S. S. VAN DINE [WILLIAM HUNTINGTON WRIGHT]: *Twenty rules for writing detective stories* (*American Magazine*, 3 de septiembre de 1928)

GIOVANNA DIGOVIC, *Barcellona in giallo: l'evoluzione del romanzo poliziesco* (NonSoloParole EDIZIONI, 2003)

MASSIMO A. BONFANTINI, *Il giallo e il noir: l'evoluzione di un genere in sei lezioni* (Moretti & Vitali, 2007)

YVES REUTER, *Il romanzo poliziesco*, traducción FLAVIO SORRENTINO (Roma, Armando Armando s.r.l 1998)

XAVIER MORET, “*El tímido resurgir de la novela negra*”, *El País*, Madrid, 4 de julio de 1995, p.32. http://elpais.com/diario/1995/07/04/cultura/804808805_850215.html

P. UNAMUNO, “*Auge y esplendor de la novela negra en España*”, *20 minutos*, 28 de febrero de 2014 <http://www.20minutos.es/noticia/2068567/0/novela/negra/espanola/>

Anexo

Self-control

Christian era un giornalista televisivo piuttosto famoso. Lavorava per uno dei network più importanti del Paese. Per la professionalità che metteva in tutti i lavori, la sua emittente gli concedeva di condurre anche dei programmi d'intrattenimento e sportivi, dati i suoi trascorsi agonistici. Se fosse stato meno riservato e più desideroso di denaro, sarebbe potuto diventare una vera e propria star del giornalismo televisivo.

Quel giorno uscì in fretta e furia di casa per dirigersi in redazione. Quando giunse in ufficio, si accorse che aveva lasciato inavvertitamente il materiale per la sua intervista nello studio della sua abitazione.

Che sbadato! Lui così preciso!

“Eppure ero sicuro di averlo messo nella valigetta” pensò fra sé e sé, ricostruendo l'atto di raccogliere quell'incartamento così importante.

Prese l'automobile e si diresse alla villetta di periferia che aveva acquistato qualche anno prima. Viveva con la moglie e una bambina che, di lì a pochi giorni, avrebbe spento tre candeline. Un posto tranquillo e pieno di verde. L'ideale per costruire e far crescere insieme una famiglia.

Quando giunse davanti al cancello notò con sorpresa che l'automobile della moglie era nel vialetto del garage. Curioso. Anna sarebbe dovuta essere già in ufficio al suo lavoro, dopo aver accompagnato la bambina all'asilo.

Attraversò il pergolato. Cercò nella tasca la chiave della porta. Non ce ne fu bisogno: era insolitamente aperta.

Entrò osservando preoccupato il soggiorno muto.

Un pensiero lo colse.

Dall'altra parte della casa sentì dei sospiri, delle voci interrotte, dei gemiti.

Si diresse a passi veloci verso la camera, cercando di non fare rumore. La porta era socchiusa.

La aprì lentamente, muovendo l'aria statica di una casa che pareva deserta.

Sul loro letto giacevano due corpi avvolti da un lenzuolo.

Un uomo, di cui non riusciva a vedere il volto, era sua moglie.

La donna urlava di un piacere che Christian non aveva mai udito, al ritmo di un enquivocabile amplesso.

Rimase qualche istante a fissare la scena con gli occhi sgranati, cercando di indovinare il viso della moglie, che amava e di cui si fidava, contratto nell'orgasmo.

La sua mano fu la prima a reagire a quell'impeto di passione. Scivolò silenziosamente sul fondo dell'armadio aperto e afferrò il coltello da sub che usava durante le sue immersioni.

Saltò sul letto e agguantò la fronte dell'amante, inclinandogli con un scatto la testa all'indietro. Con l'altra tagliò di netto la gola!

Il sangue spruzzò a fiotti sul viso della moglie che era rimasta a bocca aperta trasformando l'eccitazione in paura.

Christian inseguì la traditrice che stava cercando di scappare fuori dal letto. Lei scivolò annaspando sul liquido viscoso rosso, che aveva imbrattato le lenzuola e il pavimento.

La strattonò per i capelli. Lei cadde di schiena. La fissò negli occhi. Erano terrorizzati, ma ancora dolci e pieni di amore. Ma era amore per lui?

Sollevò il coltello.

Lei urlava, diceva cose incomprensibili. Ma non c'era più niente da dire!

Sentì una mano che gli afferrava il polso. Doveva essere l'amante con il suo ultimo disperato soffio di vita.

Non si girò neanche.

Fece più forza sull'arto e la presa scivolò sul sangue, liberando nel vuoto la sua mano che stringeva nel pugno l'arma della vendetta!

Il braccio si abbatté impetuoso nel petto di Anna. Venti centimetri di gelido metallo seghettato penetrarono nel suo cuore freddandola sul colpo.

Christian pensò di udire solo la voce del silenzio, in quell'attimo di morte liberatoria. Invece era stordito da un turbinio di suoni, di immagini, di persone.

Abbassò lo sguardo. La moglie, inspiegabilmente semisvetita, giaceva gelida fissando il soffitto. Si girò. L'amante ignoto era ancora stesso sul letto, immobile, riverso sul petto, in un algo di sangue, incapace di qualsiasi reazione.

Alle spalle del giornalista c'erao due uomini che lo tenevano per le braccia e per il collo, in un vano tentativo di frenare la sua furia omicida.

Tutta la sua furia omicida.

Avevano telecamere, microfoni, luci fottoelettriche.

Sulle divise di alcuni lesso la scritta "Candid Camera"

La compagnia dei golosi

«A Paolo!», fecero tutti, sollevando il calice e brindando al loro amico che non c'era più.

Erano seduti, ormai, già da due ore a quel tavolo. L'ultima volta era stato tre mesi prima, in quel tradizionale appuntamento che vedeva coinvolti i vecchi amici ghiottoni. Quella volta, Paolo, era ancora con loro.

Iniziavano sempre raccontandosi la loro vita, come se fosse l'ultima volta che si sarebbero visti. Proseguivano con delle tartine innaffiate con un buon vino. E poi, finalmente a tavola, dove avrebbero narrato le loro esperienze culinarie, con l'entusiasmo di un esploratore che fa una scoperta meravigliosa.

Dopo qualche assaggio si lasciava, poi, lo spazio al piatto forte. Anche questa volta la padrona di casa, che questa sera era Maria, portò il vassoio con religiosa solennità. Lo posò sulla tovaglia al centro, in silenzio, con delicatezza, con amore.

Il profumo avvolse la compagnia che, inebriata da quell'inconfondibile aroma, conservò la quiete della situazione.

Marco interruppe per complimentarsi:

«Anche stavolta hai superato te stessa, Maria!».

Commosa, raccolse il sorriso e l'approvazione di tutti i convenuti ed iniziò a riempire i piatti.

Consumarono la pietanza con lentezza, boccone dopo boccone, talvolta persino ad occhi chiusi, per assaporare la prelibatezza.

Solo dopo un po' Claudia azzardò una preoccupazione:

«Siamo rimasti in pochi ad apprezzare la buona cucina».

«Già» rispose Luca «dovremmo trovare altri intenditori...».

Ma i piatti non erano ancora vuoti, e quella frase rimase inascoltata.

In realtà, tutti sapevano in cuor loro che era vero. Di veri gourmet ne erano rimasti pochi. Solo loro erano riusciti a superare i confini dell'arte culinaria. Solo loro avevano osato sperimentare le alternative più ghiotte della gastronomia. Ma erano rimasti solo in otto. Carlo, Luisa e infine Paolo li avevano lasciati.

Consumarono l'ultimo boccone con questo triste pensiero, ma con la gioia di aver potuto un'altra volta assaggiare una autentica specialità.

Si guardarono soddisfatti. È difficile spiegare che cosa significhi, per un palato fine, il gusto. Appagarlo equivale ad un orgasmo per una persona normale, ad un piacere completo ed assoluto di tutti i sensi, contemporaneamente.

Era venuto il momento.

Come ogni sera di ogni loro incontro, il rituale prevedeva che con gli "avanzi" si preparassero tante polpettine quanti erano i convenuti.

Maria arrivò dalla cucina con il piattino. Questa volta, con otto sfere croccanti, che mise in tavola tremando, con una composta austerità.

Silenzio.

Marco, il più anziano, allungò la mano per primo. Seguirono Giulia, Luca, Sandro e tutti gli altri. L'ultima doveva essere la padrona di casa, Maria. Ognuno reggeva la propria polpetta con due dita, forse infrangendo una regola del galateo, ma assegnando a quell'atto una dignitosa sacralità.

La addentarono contemporaneamente. Un primo morso, poi un secondo, l'ultimo per gustare l'estrema e finale delizia di quella prelibatezza.

Ancora una volta, il piacere invase il senso della loro vita, lasciandoli nel silenzio che accompagna ogni voluttà.

Luca iniziò a tossire. Sputò il boccone ed allungò il braccio, come per cercare di raggiungere il bicchiere. Stava avendo delle convulsioni, il suo sguardo di terrore si aprì sugli altri, in una disperata richiesta di aiuto. La bava alla bocca gli impediva di parlare, ma quegli occhi sgrananti erano più eloquenti di qualsiasi parola.

I suoi amici rimasero impassibili sulle loro sedie. Qualcuno riusciva ad osservarlo mentre si contorceva, ma la maggior parte aveva la testa bassa e le mani strette, sotto il tavolo per il dolore e la consapevolezza dell'evento.

Oggi era toccato a lui. Speravano solo che quella agonia finisse il più presto possibile.

Furono accontentati: Luca s'inarcò con un ultimo disperato grido vitale, per poi accasciarsi definitivamente sul tavolo, dove avevano appena consumato gli ultimi resti del loro amico Paolo.

L'ultima pastiglia

Aveva un modo tutto suo di masticare le pastiglie. Le sue preferite erano delle mentine azzurrine, semitrasparenti, che per il colore e l'aspetto cristallino gli davano l'idea della purezza.

Lasciava che la pasticca si inumidisse un po' per farle perdere la ruvidezza. Quando aveva il giusto grado di liscezza, la abbandonava libera di correre sul palato, sotto la lingua, da una parte all'altra dei denti, rinfrescando anche le guance. Quando aveva completato la sua opera rigenerante, ancora intatta nella sua morfologia a gettone, la sollevava longitudinalmente tra i molari di sinistra e la spaccava perfettamente producendo due impeccabili dischetti.

Era divertente poi sentire che quei due cerchi di zucchero si inseguivano nel cavo orale senza mai più incontrarsi. Perdendosi nell'infinito in una gara di resistenza all'ultima erba aromatica.

Con le altre pastiglie quel gioco era meno facile e piacevole. Ma proprio per la novità quella tecnica rappresentava una autentica sfida con se stesso. Anche questa volta ci aveva provato. Le due metà correvano nuotando nella saliva, ma ormai le gambe cominciarono a non sentirsi più.

Il cianuro stava cominciando a fare effetto.

La voce della Campana

Era salito tante volte su quella scaletta, La prima era stata quando era piccolo. Il parroco del paese, durante il catechismo, li aveva portati in cima al campanile, per far conoscere meglio la chiesa, forse per impressionare quelle menti così giovani e aperte alla scoperta, o forse inconsciamente per farli sentire più vicini a Dio.

Era rimasto incantato vedendo la sua casa dall'alto, da quelle finestre bifore. Sembrava un altro mondo, spettatori celesti di quel vano brulicare terreno. L'aria più fresca e pura, persino i suoni parevano giungere più nitidi. L'unica cosa che riportava alla madre natura era lo svolazzare di un piccione che aveva fatto il nido in invisibile anfratto del tetto.

Questa volta non c'era il sole a fare compagnia. Erano passati tanti anni. Un figlio disperso, la moglie morta di stenti, e quel maledetto lavoro che li aveva prosciugati tutti per i troppi debiti.

Un gradino alla volta, senza mai guardare giù per non perdere la determinazione, ma anche con la stanchezza e la triste consapevolezza della rassegnazione. Il suo appuntamento con quel Dio, a cui voleva domandare le ragioni di tanto dolore, era là in cima! Ma a fissar gli scalini, passo dopo passo, non erano più i furbi occhi nocciola del bambino, colmi di stupore e di speranza. Erano occhi di sfida, pervasi dalla rabbia e velati dallo sfinimento: giudici implacabili di una vita impossibile!

Raccolse la corda della campana maggiore. La vecchia Esmeralda aveva fatto compagnia con il suo suono, ormai sgangherato, a tante generazioni. Anche chi non era fedele e non andava a messa, riconosceva nel suo timbro una voce amica. Il suo rintocco

ricordava che era ora di abbandonare gli attrezzi per tornare a casa dalle proprie famiglie per il meritato pasto o riposo.

Con l'estremità ne fece un cappio. Se lo mise al collo e si lanciò nel vuoto nella tromba del campanile. Quando era arrivato in cima non aveva voluto degnare di alcuno sguardo quel mondo ingrato, ma ora mentre stava volando, gli sembrava di vedere attraverso le pareti tutto il paese e la sua vita.

Fu un attimo!

La corda raggiunse il massimo della tensione fino ai limiti dello strappo. La campa s'inclinò per resistere alla trazione, e iniziò a gemere con un debole suono appena percettibile. E poi, rispose oscillando nell'altro senso, come per opporsi non solo allo strattone ma anche all'affronto che le era stato fatto. E fu quest'ultimo scatto a ucciderlo.

La campana ora dondolava vittoriosa al ritmo del suo stesso canto. E il paese finalmente si svegliò!

L'inseguimento

«Volante 132 a Centrale! Volante 132 a Centrale!».

«Qui Centrale, parlate pure, cambio».

«Caputo dalla Volante 132. Siamo all'inseguimento di una moto! Due ragazzi hanno appena effettuato un scippo in corso Como. Allertate subito le pattuglie in zona!».

«Centrale ricevuto! Segnalate vostra posizione!».

«La moto ha imboccato a forte velocità via Melchiorre Gioia! Ripeto, la moto con a bordo i due ragazzi sta viaggiando in via Melchiorre Gioia a 120 km all'ora. Qui è un casino! Hanno provocato due incidenti! Passo!».

«Ricevuto Volante 132!».

«Mandate urgentemente un'ambulanza dalla parte di piazzale Freud. La vittima dell'aggressione è a terra. Non è in pericolo di vita, ma è ferita. Trattassi di un'anziana signora. Passo».

«Ricevuto! Abbiamo avvisato il 118».

«Qui Volante 132! La moto ha girato per via Lunigiana! Avvisate la Polfer nel caso volessero rifugiarsi nella stazione Centrale».

«Ricevuto Volante 132!».

«Volante 132? Riuscite a dare identificazione del veicolo e degli occupanti?».

«Negativo, Centrale! La motocicletta è senza targa. Sul sellino ci sono due persona, presumibilmente giovani, con il casco. Ma dove sono gli altri? Questi stanno tagliando la strada a tutti! Fra un po' ammazzano qualche pedone!».

«Volante 132, confermo supporto di pattuglie in zona. Auto 121 e 145 in piazzale Loreto. 144 e 165 in via Vittor Pisani. La Polfer sta presidiando gli ingressi della Centrale.

«Lasciate stare incidenti! Sono passati sotto!».

«Volante 132? Pronto? Volante 132? Che cosa avete detto?».

«Volante 132? Mi sentite?».

«Qui Centrale, Volante 132? Volante 132?».

«...sti bloccati dentro il tunnel!».

«Volante 132, non abbiamo sentito! Ripetete!».

«La moto è passata sotto i binari della stazione! C'era traffico e siamo rimasti fermi sotto. Questi sono furbi, accidenti! Procediamo nell'inseguimento!».

«Indicate vostra posizione! Cambio».

«La moto sta percorrendo via Gran Sasso sulla corsia preferenziale. Dirige verso piazza Piola! Passo».

«Ricevuto Volante 132!».

«Volante 132! Volante 132!».

«Qui Caputo, Volante 132!».

«Ci segnalano spari in piazza Leonardo da Vinci!».

«Confermo! Conflitto a fuoco in corso! La motocicletta con a bordo i ragazzi si è incagliata in uno scambio del tram ed è scivolata. Il passeggero è rimasto a terra ferito. Abbiamo intimato l'alt ma il ragazzo che era alla guida ha aperto il fuoco».

«Volante 132! Non fate niente, attendete rinforzi! Passo!».

«Qui Caputo! Il ragazzo ha preso in ostaggio una studentessa che è appena uscita dall'università! Le sta puntando la pistola alla gola!».

«Qui Centrale. Sono in arrivo altre puttuglie. Il commissariato di zona è stato avvisato. Passo ».

«Volante 132?».

«Volante 132! Rispondete!».

«Volante 132! Qui Centrale! Riceviamo chiamate al pronto intervento di spari davanti al teatro! Passo!».

«Volante 132! Rispondete! C'è qualche agente ferito?».

«Qui Volante 132».

«Agente Caputo?».

«Qui Schillaci. Caputo è accanto al cadavere del ragazzo».

«... cadavere? Che cosa è successo?».

«Il rapinatore minacciava la ragazza con la pistola. Caputo ha intimato di gettare l'arma. Sembrava deciso a usarla...».

«Ma, Caputo sta bene?».

«Ha sparato contro il ragazzo. Quando si è accertato che fosse inoffensivo si è avvicinato al corpo ».

«... e non era morto davvero?».

«No. Era deceduto. Ma togliendo il casco, ha scoperto che era suo figlio».

La balena stonata

C'era una volta una balena piccola piccola. Non era piccola solo perché era un cucciolo, ma anche perché non era molto grande per la sua età.

Tutte le altre compagne la tenevano lontana perché dicevano avesse una brutta voce. Il suo suono era così sgradevole da stridere nel concerto di armonie che erano soliti emettere i capodogli comunicando fra loro.

Solo la mamma le rimaneva sempre accanto. Anche lei sentiva che la sua bambina era stonata, ma cercava di non farci caso per non ferirla, per amore. La piccola balenottera cercava sempre di rimanere in silenzio. Aveva notato la sua mamma arricciare il musino quando aveva emesso qualche volta un grido di gioia. Accadeva quando giocavano e quando la piccola si librava nell'acqua in evoluzioni, piena di felicità e lo voglia di vivere.

E così le due avevano trovato un loro linguaggio fatto di carezze, di bacini, di dolci coccole. Si sfioravano anche solo con una pinna e per loro voleva dire già tutto.

Un giorno la mamma si allontanò e non tornò più.

La piccola balenottera la cercò nei luoghi che erano soliti frequentare. Ma poi capì.

Erano le leggi del mare.

Sapeva che non poteva rimanere da sola.

Provò a ricongiungersi al branco. Ma le sue compagne, per quanto impietose, non riuscivano a sopportare i suoi lamenti. La tenevano a distanza. E una notte, mentre stava dormendo, la abbandonarono.

Per la prima volta il suo dolore non fu in grado di emettere un suono. Dalla ferita sgorgavano silenziose lacrime di solitudine.

Rimase per giorni senza mangiare, vagando per l'oceano e facendosi trascinare inerme dalle correnti.

Affranta, confusa, tormentata, umiliata, sola.

Era assopita, stordita nel letargo di chi è senza speranza, quando si avvicinò una creatura strana, che non aveva mai visto.

«Che cos'hai?» le chiese risvegliandola dal suo torpore.

La piccola si riscosse, leggermente impaurita.

«Chi sei tu?» osò domandare con la sua vocina.

«Io?» rispose sorpreso l'animale «Io... sono un delfino!».

«Un delfino?» ripeté in tono interrogativo.

«Certo! Non mi dirai che non hai mai visto un delfino?» la schernì.

Scosse il capo ingenuamente.

«Siamo creature belle ed eleganti, che amano vivere tutte insieme e si divertono a solcare i mari in cerca di avventure».

«Davvero?» replicò spalancando gli occhi «Sei fortunato ad avere degli amici con cui giocare. Io sono... sola».

«Non si può essere soli in fondo al mare!» sentenziò «Vieni con noi! Unisciti al mio gruppo! Ti divertirai!».

Esitò un attimo, pensando a quello che le aveva detto tante volte la mamma che non c'era più:

«Stai sempre attenta, piccola mia. Il mare è incantevole, ma anche tanto infido».

Poi d'un tratto notò che quella creatura non era per niente disturbata dalla sua voce. Anzi sembrava non accorgersi nemmeno che lei era stonata!

«Coraggio! Corri! Seguimi, vediamo se mi raggiungi!» la incitò.

La forza della solitudine la fece scattare.

Nuotarono appaiati per ore, rincorrendosi, sfiorandosi, a volte scontrandosi in una giocosa sintonia.

Lui però era proprio veloce. Sembrava intuire ogni movimento dell'acqua, sfruttando anche la iù impercettibile corrente. Lei, affaticata dalla mole, era costretta ad andare spesso in superficie a prendere fiato.

Venne scuro e la piccola balenottera non si accorse che avevano raggiunto una zzona in cui l'acqua era un po' torbida. In quella minima trasparenza di flutti scorse un gigante che sembrava addormentato sul fondo dell'oceano.

Doveva essere un'altra balena! Finalmente!

Si avvicinò fiduciosa.

Era un mostro informe, pieno di sporgenze e di fessure. Si ricordava di qualcosa che le aveva raccontato la sua mamma a proposito di quelle creature lucide: esse sprofondavano dalla superficie e giacevano per sempre negli abissi. Le aveva detto di starne sempre lontana, perché avrebbe potuto ferirsi; perché avrebbe rischiato di rimanervi intrappolata se vi fosse entrata e non avrebbe avuto più il tempo di risalire per respirare e, soprattutto, perché potevano ospitare animali pericolosi, nascosti dallo sguardo vulnerabile delle giovani balene.

Mentre era immersa in quei pensieri, vide scivolare dai fori di quel mostro tante creature affusolate.

«Ecco i miei amici!» disse fiero l'amico "delfino" quando l'ebbero circondata.

Solo in quel momento si accorse che tutte quelle bocche che le sorridevano, avevano troppi denti per mostrare tanta amicizia.

Nessuno sentì più la voce stonata della piccola balenottera.

La notte del liutaio

Il campanello strimpellava insistente nella notte, confondendosi con il suo suono metallico delle gocce che battevano violente sulle grondaie.

«Arrivo! Arrivo!» urlò il liutaio.

Abitava un una casa di cortile. Attraversò il balcone a ringhiera che correva lungo tutto il primo piano, fece le scale e, riparandosi con l'impermeabile mentre si affrettava nel patio, raggiunse il portone di legno. Appena vide dallo spioncino chi era, si prodigò per aprire i chiavistelli il più velocemente possibile.

«Maestro!» esordì alla figura in mantello nero e cappello che gli si poneva davanti «Maestro! È successo qualcosa? Posso fare qualcosa?».

«Ho bisogno del vostro aiuto, Santieri!».

«Certo! Se posso... ma a quest'ora della notte...».

Si scostò umile per far avanzare l'ospite:

«Si accomodi in bottega».

Attraversarono il cortile. Il liutaio cercava di proteggersi con il cappotto dalla pioggia correndo goffamente. Il Maestro, nel suo incedere calmo e fiero, sembrava non venisse minimamente scalfito dall'acqua battente.

Il liutaio accese il lume. Una calda luce gialla illuminò il suo laboratorio. Sagome di violini incompiuti pendevano dal soffitto. Sul tavolo giacevano attrezzi e

strumenti nella loro fase embrionale che facevano intuire con la loro linea, il profilo che avrebbero avuto una volta nati.

Riccioli appena abbozzati ancora coperti di trucioli e segatura, coperchi in tensione, archetti e ponti appena schizzati. Un odore di legno e di resina. Era la bottega del liutaio.

«Mi dica, Maestro, in che cosa posso esserle utile?».

«Voglio il mio violino!».

«Ma Maestro, l'ho appena iniziato! Se non ricorda me l'ha commissionato appena qualche giorno fa».

«Io ne ho bisogno adesso!» rispose impetuoso il Maestro «Domani sera ho un concerto e mi serve!».

«Ma non può usare quell'altro? Quello che le ho preparato l'ultima volta?».

«Si è rotto!» tuonò abbassando gli occhi il violinista.

«Maestro, le avevo detto di prestare molta cura» azzardò con molto rispetto «sono oggetti resistenti, ma... delicati! Dovrebbe essere usata un po' di attenzione...».

«Che cosa vorreste insinuare, che l'avrei forse rotto di proposito?».

«Non mi permetterei mai, Maestro... è solo che anche l'altra volta...».

«Sarai stato tu che l'hai costruito male! Comunque ne ho bisogno per domani mattina!» riprese tornando al voi «Io vi pago ed esigo di essere esaudito!».

«Temo di non poterla accontentare, Maestro. Mia moglie è incinta. Purtroppo non posso lasciarla sola durante la notte. In casa non c'è nessuno. Domani quando arriverà la serva potrò...».

«Questo è un vostro problema, Santieri! Domani mattina partirò per il concerto. Se non avrò il violino con me, voi avrete finito di lavorare, e non solo per me, ma per tutta la città!».

«La prego, Maestro» supplicò il liutaio «mia moglie non è stata bene, il bambino potrebbe nascere... oppure delle complicazioni... non può usare uno dei suoi violini, ne ha così tanti!».

«Non dite sciocchezze, Santieri, sapete benissimo che devo utilizzare uno dei vostri! E comunque non si faccia pregare. Qui c'è il danaro!» concluse gettando con superbia una sacca di monete sul tavolo «Con i suoi poteri una notte sarà più che sufficiente!».

«Sono solo superstizioni, Maestro! Sono dicerie, non ho alcun potere, non uso la magia. I miei strumenti sono il risultato di tanta passione e autentico lavoro!».

«E allora dedicatevi al lavoro, se non volete perderlo!» rispose stizzito. Eu uscì dalla bottega.

Anche questa volta aveva dovuto subire. Anche questa volta i capricci di un signorotto l'avevano costretto a cedere. Guardò la sacca di danari sul tavolo. Non era per i soldi che lo faceva, ed era vero. Sapeva che quel lavoro era la sua vita, e se fosse rimasto senza, la sua famiglia sarebbe restata senza mezzi per sopravvivere. E poi adesso stava arrivando l'erede.

Quell'uomo malvagio aveva il poter di far crollare la sua fortuna, la sua famiglia, il suo lavoro, tutto insomma.

Si mise il camice e incominciò. Alcuni pezzi erano già pronti, ma ci vuole tempo per preparare un ottimo strumento. Ci vogliono giorni, a volte settimane, perché una certa curvatura, una particolare levigatura possano produrre l'effetto desiderato. Ma lui aveva solo una notte!

Conosceva tanti trucchetti per produrre quella magia, e questo l'aveva reso celebre in città. Era il migliore. Talmente capace che la sua abilità aveva fatto credere alla gente di avere dei poteri paranormali, di essere una sorta di stregone della liuteria. Ma quando si fa un certo mestiere, quando si riescono a dominare elementi come il legno, il metallo, il corno, l'avorio per produrre suoni celestiali, si capisce che i confini tra alchimia e chimica, tra arte e stregoneria, sono così invisibili da rendere l'artigiano un essere più vicino a Dio di quanto si possa immaginare!

Gli ci volle tutta la notte per preparare il suo ultimo gioiello, e chissà quanto era stato aiutato dalla furia della tempesta che l'aveva accompagnato per tutto quel tempo!

Quando si tolse il camice aveva già smesso di spiovere e il campanile della chiesa accanto stava battendo quattro rintocchi.

Salì la scala esterna ed entrò finalmente in casa.

Uno strano gelo lo avvolse. Aveva appena lasciato il calore della bottega e lì, nella sua dimora, il camino era ormai freddo. Entrò nella camera da letto. La lenzuola, intrise di sangue, lasciavano la moglie completamente scoperta in una posizione innaturale. Dal suo grembo sembravano fuoriuscire ancora dei fluidi corporei. Il bambino era poco lontano, strozzato dal suo stesso cordone ombelicale. La sua donna, completamente dissanguata, aveva ancora le braccia tese sul comodino che aveva fatto cadere, insieme a cuscini, oggetti di ogni genere, ora inutilmente sparsi sul pavimento. Gli occhi esangui erano ancora aperti per il terrore e la van disperazione, su un viso con ormai solo il pallore della morte.

Quanto doveva aver urlato, quella notte, per farsi sentire, per richiamare l'attenzione, mentre dal suo ventre cercava di aprirsi un varco una nuova vita! Entrambi sfiniti esanimi negli stenti!

Il Maestro s'inclinò per raccogliere gli applausi. Ancora tutto esaurito! Ammirò compiaciuto la platea, poi concesse il suo amorevole sguardo ai balconcini per terminare il suo ossequio nella direzione del palco reale.

Un ultimo scatto determinato per comporre il ciuffo che gli aveva invaso la fronte e poi... occhi socchiusi dall'ispirata concentrazione! Violino sotto il mento e via!

L'archetto attaccò lo strumento nell'incipit del concerto, una meravigliosa sinfonia di Beethoven!

Ma appena il primo crine di cavallo strofinò la corda, si sprigionò un suono lamentoso da quella cassa di legno. Il Maestro sgranò gli occhi cercando di privare il suo braccio di forza, ma tutto il suo corpo era dominato dal violino che ormai aveva preso il potere imponendo una straziante pena funebre.

Il polso correva deciso su quelle corde su cui sfregava il cordone ombelicale che il liutaio aveva tagliato in strisce sottili. Il rombombo della cassa armonica era

lancinante, quella custodia di legno che l'artigiano aveva dipinto con il sangue del figlio e della moglie mescolati, lasciando un colore ambrato e profondo come il suono che avrebbe poi, volutamente, prodotto.

Il Maestro si agitava preso dalle convulsioni in un vano tentativo di terminare l'agonia. Il pubblico era cosò sconcertato da non avere fiato per fischiare l'esibizione. Era fisicamente impossibile!

Non si sa quanto durò quello "spettacolo". Gli ascoltatori non riuscirono ad abbandonare il teatro fino a quando non videro il violinista esanime sciogliersi nel dolore, prostrarsi di fronti alla froza di una musica, non sua, piegarsi davanti alla vendetta dell'amore.